M. M. ARAMI

VIVE TU VIDA

TRADUCCIÓN ESPAÑOLA DEL ORIGINAL
FRANCÉS "VIVIRÉ"

POR ÉL

R. P. D. MIGUEL ALTOLAGUIRRE

MONJE BENEDICTINO DE LAZGANO

Octava edición

1952

Editorial Herbert librería

VIVIR SU VIDA

Con frecuencia se oye decir: "es preciso vivir su vida; y ya que breve es esta, ¿Porqué no gozar de ella lo más posible, dejando de lado a cuánto nos molesta: trabajo, deberes, cargas?"

"¡Vivir su propia vida!" Aunque el lema sea pernicioso en el sentido que le atribuye el mundo, nos quedaremos con él, por qué si tiene otra acepción que lo hace exacto. Si, vivimos nuestra vida, pero aquella verdadera vida que la gracia santificante infunde en nosotros, vida divinizada que habremos de realizar durante la eternidad.

Si yo preguntase: "¿En qué consiste el estado de gracia?", muchos responderían: "en no tener pecado mortal."

La respuesta es exacta, pero incompleta; y viene a decir: "estar vivo no es estar muerto." Además, como toda respuesta negativa, no dice en qué consiste positivamente la gracia. ¿No es esta, acaso, la vida "divina" en nosotros? El alma en estado de gracia, ¿No es alma que vive la vida de Dios?

Replicarás: "la gracia... ¡no la veo!"

-- ¿Y qué? Tampoco la inteligencia, la voluntad, el alma se dejan ver; mas, ¿Puede decirse por esto que no tienes inteligencia, ni voluntad, ni alma?

Del mismo modo, la gracia santificante es invisible, pero existe de veras, constituye una realidad.

Nueva objeción: " la gracia santificante es cosa demasiado elevada, propia para sacerdotes, religiosos, teólogos; yo no la entiendo."

-- ¿Quién eres tú para hablar de esta suerte? San Pablo no dudaba en predicar la doctrina de la gracia a los corintios, descargadores de muelle, ni a los efesios, simples curtidores. No obstante ser hombres materializados y cristianos recién convertidos entendían al apóstol. ¿Serías tú, por ventura, menos inteligente? Hijo y nieto de bautizados, ¿Eres acaso menos cristiano que ellos?

¡Vivir vida divina, celestial? En el hogar, en los campos, en el taller, en la oficina, en todo lugar es dado realizar dicha vida. Si tuvieras perfecta conciencia de esta verdad consoladora, ¿No es cierto que tu alma quedaría transfigurada?

Con la mayor claridad posible, desearía hablarte en estas páginas sobre las maravillas de la verdadera vida.

¡Dios quiera que, por mediación de María, madre de la gracia, el presente libro te la haga estimar!

M. M. ARAMI

CAPÍTULO I

EL DON DE DIOS

1. El agua viva

Llegó Jesús a una ciudad de Samaria, llamada sicar, donde estaba el pozo de Jacob. Cansado del camino, sentóse el Salvador sobre el brocal del pozo. Una mujer samaritana vino a sacar agua. Díjole Jesús: "dame de beber." La mujer, sorprendida, exclamó: "¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?" En efecto, los judíos no se comunicaban con los samaritanos. Respondióle Jesús: "si conocieras el *don de Dios*, y quién es el que te pide de beber, tú misma le hubieras pedido a él, y él te hubiera dado *agua viva*." "Señor-- dijo la mujer--, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo; ¿De dónde tienes, pues, esa agua viva? ¿Eres tú, por ventura, mayor que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo del que bebió el mismo, y sus hijos, y sus ganados?" Respondióle Jesús: "Todo el que bebe de esta agua, *tendrá otra vez sed*; mas quien bebiere del agua que yo le daré, *nunca jamás volverá a tener sed*. El agua que yo le daré, se le convertirá en *manantial de agua viva que engendra vida eterna*." La mujer le dijo: "Señor, dame de esa agua, para que no tenga más sed, ni haya de venir aquí a sacar la" (Jn 4, 4-15)

¿De qué agua se trata en este coloquio? De dos clases de agua. La primera aplaca la sede, pero temporalmente: *Todo el que bebe de esta agua, volverá a tener sed.* Así se explica que la Samaritana vaya todos los días a sacarla; es agua de pozo, agua natural, terrena.

La otra calma la sed de una vez para siempre: *Quien bebiere de ella, no tendrá más sed;* es fuente de agua viva que engendra vida eterna. He aquí el don de Dios; el agua *divina,* sobrenatural, celestial. ¿Cabe hablar con más claridad de la gracia santificante?

¿Qué es la gracia santificante? Es un don *sobrenatural,-- interior-- y permanente,-- que Dios nos concede,-- por mediación de Jesucristo,-- para nuestra salvación.*

Es un don *sobrenatural.* Supera a la naturaleza humana, cuyas exigencias, fuerzas y méritos excede. Un cuerpo y un alma: he ahí al hombre en el orden natural; un cuerpo, un alma, y además la gracia santificante: he ahí al hombre en el orden sobrenatural

Don *interior.* La gracia es infundida al alma sola.

Don *permanente.* Mora en el alma todo el tiempo que ésta permanece en gracia, es decir, mientras no comete ningún pecado mortal. ¿No decimos de una persona, cuya vida se desliza normalmente sin que padezca enfermedad alguna, que se encuentra en estado de salud? Así, de toda alma pura y exenta de pecado mortal, decimos que tiene estado de gracia. La gracia santificante no es fugaz como el relámpago, sino estable como el sol.

¿Quién da la gracia santificante? Sólo *Dios.* ¿Pueden concederla los Angeles, los santos, la santísima virgen? Pueden sí pedírlela y hasta conseguirla, pero nada más; sólo Dios la otorga.

¿Por mediación de quien da Dios la gracia santificante? Por mediación de *Jesucristo.* Adán nos la perdió, Jesucristo nos la recuperó. Desde la caída de Adán. Las gracias todas no son concedidas en virtud de los méritos, futuros o pasados, de Jesucristo; por esto concluye la Iglesia toda sus oraciones con las palabras siguientes: *Por Cristo Nuestro Señor.*
¿Para qué se nos da la gracia santificante? *Para nuestra salvación.* Es el único medio establecido por Dios para salvarnos.

Otorgársenosla para nuestra salvación. Ciertos dones sobrenaturales son concedidos por Dios a fin de realizar la salvación del prójimo; así, por ejemplo, el don de milagros, de lenguas, de profecía.
Estos dones se llaman *carismas* y difieren de la gracia, la cual nos es dada para nuestra propia salvación.

2. Si conocieras el don...

I. La gracia santificante es un don *sobrenatural.* Aventaja con mucho a todos los bienes de la naturaleza así espiritual como material. ¿Qué son todos esos bienes que tanto anhela el mundo? ¿Qué los honores, la riqueza, los placeres; las cualidades naturales del cuerpo, del espíritu y del corazón; la salud, la hermosura, la ciencia, la elocuencia; todo género de habilidad, la sublimidad del genio, el valor, la magnanimidad, la bondad, y en una palabra, los bienes todos naturales? Sin el estado de gracia, son mera ilusión, pura nada. Por esto Dios hace entrega de ellos tan fácilmente, hasta sus mismos enemigos. Ahí tienes a Satanás: ¡qué inteligencia, que habilidad, que fuerzas! ¿Cómo se concibe que, no obstante dichas ventajas, sean el más vil de los seres? Es que a los ojos de Dios los dones naturales no cuentan cómo no vayan acompañados del don sobrenatural de la gracia santificante. De la sabiduría-- y de la gracia, cuyo fruto es la sabiduría-- hace el espíritu Santo el siguiente encomio: *lo preferí a los reinos y a los trono... en comparación su vida, todo el oro del mundo no es sino arena, y la plata no es sino fango... constituye para los hombres con tesoro (Sab. 7, 8-9)*

CAPÍTULO II

LA VIDA SOBRENATURAL

1. Librado de las aguas

Faraón había dado esta orden a su pueblo: "Todo niño varón que naciera entre los israelitas, lo arrojaeis al río." Sucedió, pues, que una mujer israelita dio a luz un niño. Al ver que era hermoso, lo tuvo oculto durante tres semanas. No pudiendo disimular por más tiempo su presencia, cogió un canastillo, y tras de haberlo untado de betún y pez. Colocó a su hijo en el y lo depositó entre las cañas, a la orilla del río. María, la hermana del niño hallábase a cierta distancia, para presenciar los acontecimientos.

Bajo la hija del faraón a bañarse en el río ella vio al canastillo, y ordenó a su doncella que lo recogiera. Abrió el canastillo, vio al niño que estaba adentro y se enterneció con él. Entonces la hermana del niño se acercó y dijo: "¿Quieres que vaya por una mujer israelita, para que amamante a esta criatura?" Ella respondió: "si, ve." La joven fue en busca de su madre. "Toma este niño-- dijole la hija del faraón-- críalo y te lo pagaré." La madre recogió el niño y lo alimentó. Cuando hubo crecido, se lo llevó a la hija del faraón, la cual le adoptó como hijo y le puso el nombre de Moisés, esto es *sacado de las aguas* (Ex. 2, 1-10).

En la corte de faraón, el niño condenado a perecer en las aguas del Nilo, logró salvar la vida, de habérsele conservado simplemente la existencia, se hubiera visto precisado, como los demás israelitas, a realizar trabajos penosos; hubiera pensado, obrado y trabajado como un esclavo. Educado en el palacio del rey, Moisés pertenece a la clase libre, y a la más encumbrada aristocracia; la educación afina sus pensamientos, su lenguaje, su continente y sus modales; en resumen, comienza a llevar una vida nueva y más elevada. Del mismo modo, el alma recibe, por la gracia santificante, una vida sobrenatural, divina.

Si yo preguntase: "¿Cuántas vidas tiene el hombre?", mucho respondería: "tres: la vida vegetativa, que compartimos con las plantas; la sensitiva, que nos es común con los animales; la vida intelectual, que nos es propia." ¿Eso es todo? Cierto que tenemos tres vidas que sólo hacen una vida natural; pero al cristiano que vive en estado de gracia posee, además, la vida sobrenatural.

¿Qué es, pues, esta vida sobrenatural? Es un algo añadido a la vida natural. Quisiera explicar este algo.

El profeta Balaam, enviado por el rey de Moab para maldecir a los israelitas, salió caballero sobre su asna. Mas he aquí que un ángel se puso

en su camino, negándose el animal avanzar. Furioso, el profeta le pegó con su bastón. La polilla entonces, rompiendo hablar, preguntó a Balaam: "¿Qué te he hecho yo?" (Num. 23)

Una asna que habla: ¡qué sorpresa! Que haya sentido el palo, no tiene nada de particular, porque la sensibilidad le es natural. Mas ¡que un animal empiece a hablar! El lenguaje es un algo añadido a su naturaleza, un algo que se sobrepone a dicha naturaleza, un algo *sobrenatural*.

Dios creó al hombre compuesto de dos elementos: cuerpo y alma, que por su unión constituyen la vida, la vida natural. Ya era mucho. Sin embargo, desea Dios otorgar a la criatura humana algo más: una participación de su propia vida, de la vida divina. Dicha participación de la vida divina es la gracia santificante, mediante la cual el hombre aunque conserve su vida humana, podrá ya sobre la tierra vivir la vida de Dios. Esta vida divina no le es natural, sino es añadida a su naturaleza, superior a la naturaleza, es *sobrenatural.*

He aquí un escaramujo o rosal silvestre, pero nadie lo extraña por ser cosa natural en el. Ahora bien, inserta en la parte superior del escaramujo un capullo de hermoso rosal, y aguarda. A la altura del injerto, el arbusto silvestre recibe nueva savia, fuerzas nuevas, vida nueva, que le permiten producir hermosas rosas. Esto sí que excede de la naturaleza y vida algo *sobrenatural.* Asimismo, la gracia santificante, participación de la naturaleza y vida divina, no nos es natural, si no es añadida a nuestra naturaleza, es *sobrenatural.*

¿En qué consiste esta participación de la naturaleza y vida divinas? ¿Quiere esto decir que la gracia santificante da a nuestra alma la naturaleza divina? No, por cierto; pues en este caso seríamos dioses. Entonces, ¿Qué significa? Que la gracia santificante comunica al alma una vida sobrenatural, no *igual*, ni *idéntica*, sino *semejante* a la divina; la gracia no nos hace *dioses*, nos hace semejantes a Dios.

¿En qué se parecen la vida de la gracia y la vida divina? En lo que sigue. La vida propia de Dios es conocerse y amarse infinitamente. En el cielo, viviremos esta misma vida divina; conoceremos a Dios como él se conoce, le amaremos como él se ama, participaremos, si bien limitadamente, de la vida misma de Dios. Ahora bien, ya en este mundo, por razón de la gracia santificante, participamos de esa vida, aunque sea de una manera menos perfecta. La gracia santificante hace que el alma sea capaz de conocer a Dios como él se conoce, de amarle como él se ama, de vivir su vida divina, convirtiendo así a un hombre que pensaba, amaba y obraba como hombre, en un ser humano que, sin dejar de ser hombre, pensará, amará y obraba de un modo parecido a Dios

Dios mismo explica a Santa Magdalena de Pazzis esta transformación que opera en el alma la gracia santificante.

"Cuando un herrero ha dejado algún tiempo un hierro en el fuego, lo extrae todo ardiente y abrasado. Aunque el hierro no ha perdido su naturaleza propia, diríase sin embargo que esta transformado en fuego, pues resplandece, chispea, quema al igual del fuego y con dificultad se le distingue de una ascua de carbón. Es más: como el hierro tiene mayor densidad que el carbón, es susceptible de recibir un grado más elevado de calor. El propio experimenta el alma en el horno ardiente de la caridad cuando se une a mi verbo, quien es fuego que consume, y quien vino a traer el fuego a la tierra, siendo su mayor deseo ver el abrasamiento de los corazones todos. En medio de este horno ardiente, que el soplo del espíritu Santo enardece más y más, de tal manera se enciende el alma que, humana hace unos momentos, parece ya divina, transformada enteramente en Mí, y convertida, por el calor, en una misma cosa conmigo."

"El espíritu Santo es el oro *purísimo*, que dora las almas y las hermosea a los ojos de Dios; pasan a ser, de esta suerte, el resplandor de las glorias y de las riquezas del bien soberano" (San Cirilo de Alejandría".-- "*El hombre es el dorado*, Dios es el oro; lo que en el hombre es gracia, es en Dios naturaleza" (Fausto).

"Así como la gota de *agua mezclada al vino*, toma el color, el olor y el gusto del vino, así nuestra alma se une íntimamente con Dios y participa de los bienes divino" (San Gregorio Naciaseno).-- "La gracia santificante es un fuego que nos penetra, al igual que el fuego natural compenetra el metal hasta en sus más íntimas profundidades y comunicale sus propiedades, su brillo, su calor, su radiación, sin modificar su naturaleza" (San Basilio).

En el fondo, gracia y gloria son una misma realidad. La gracia es el comienzo de la gloria. La gracia es la bellota; la gloria es la encina en su pleno desarrollo; la bellota no es la encina, más vendrá hacerlo, porque lo que contiene dentro de sí. La gracia es el capullo; la gloria es la flor. La gracia la aurora; la gloria, el mediodía. Es la gracia santificante, en expresión de San Juan, la *semilla* de *Dios*. La gloria del cielo no es sino el desarrollo de la gracia en este mundo. "La gracia y la gloria-- dice Santo Tomás-- pertenecen al mismo género."

2. **La vida por excelencia**

I. La vida sobrenatural es *la más perfecta.* Hoy día, se habla mucho de problemas: tenemos el problema social, el problema de la paz, el problema económico y muchos otros más. Todos son de utilidad, con tal que no olvidemos el principal, el problema de la vida. Mira como cada mañana se desencadena la vida sobre el mundo, despiértase la vida, y va la gente, siempre deprisa, a sus fábricas trepidantes, hacia ruidosas tiendas y oficinas; se oye el rodar de estrepitoso de los tranvías eléctricos y el roncar de los automóviles; el campesino ora guía su agrado, ora siembra, las doradas espigas. Y yo pregunto: "¿Cuántos hay, en esta multitud jadeantee, que se digan: ¿Para qué sirven mi trabajo y mis cuidados? ¿Cuál es el fin de mi vida? ¿La tierra o el cielo? ¿El cuerpo o el alma?, ¿El tiempo o la eternidad?" Sin embargo, opinareis conmigo que tal es el más grave y arduo problema.

¿Qué es la vida natural, la que el mundo llama *la vida*? "Entra uno y grita: esa es la vida; grita uno y sale: esa es la muerte." (Mery). ¿Qué es la vida natural? "La vida es vana: un poco de amor, un poco de odio, y ¡ya amaneció! La vida es breve: un poco de esperanza, un poco de sueño, y ¡ya está la noche encima!" La sagrada escritura, llamala sombra, viento que pasa, como que se desvanece, hierba que se ciega, cae y sécase.

Diogones, el clínico, había levantado en el mercado de Atenas una elegante tienda sobre la cual se leía la siguiente inscripción: *Aquí se vende la sabiduría*. Cierto hombre rico de la Ciudad envió a un criado suyo para que le preguntara cuánta sabiduría daba por tres piezas de moneda. Tomó el dinero Diógenes y escribió esta sentencia: *En todas las cosas considera el fin.* La máxima pareció tan sabia al rico ateniense, que la mandó grabar con letras de oro en el frontis de su casa.

Sin que cueste dinero alguno a nuestros lectores, quisiéramos grabar esta sentencia en su alma. Consideradad el fin de la vida natural: es la muerte. ¿Cuál es el fin de la vida sobrenatural? No tiene fin. Si estáis en estado de gracia, vuestra muerte natural no es lo que muchos se imaginan. Si la entendéis bien, la muerte será para vosotros la última gran alegría de la vida eterna. ¿Por qué? Porque de incierta, vuestra vida se convierte en cierta; de admisible, en inadmisible; de vida de gracia en la tierra, en vida de gloria en el cielo. La vida sobrenatural es la más perfecta, la única que importa, *la vida,* esto es, *vita,* como siempre la llama simplemente el Evangelio.

Hallábase en la cárcel Tomás moro, canciller de Inglaterra. Estaba a punto de ser condenado a muerte por negarse a hacer traición a su fe. Vino su mujer a visitarle, y le dijo: "¿Por qué no salgas tu vida?" "¿Cuántos años te parece que puedo vivir aún en este mundo?" "Tú salud te promete unos 20 años al menos." "¡Qué transacción más loca me propones: por conservar 20 años, sacrificar la eternidad!" Entendía el valor de la vida sobrenatural. Perdámoslo todo, con tal de no perder esa vida.

2. La vida sobrenatural comienzan en el *bautismo.* Mucho tiempo hace que estás bautizado, pero ¿Sabes lo que es un bautismo? San Vicente Ferrer, cada año, hasta su muerte, celebraba el aniversario de su bautismo. Con este motivo, mandaba decir una misa de acción de gracias en la capilla donde pequeño había recibido la gracia sobrenatural.

Luis IX, rey de Francia, gustaba de firmar "Luis de Poissy", agregando a su nombre el del lugar en que fue bautizado. En su sentir, la vida sólo había empezado con la gracia santificante. "No temo más que una sola cosa--decía--: es el pecado mortal; sería la supresión de la vida recibida en Piossy, la única que me interesa."

Refiere el P. De Smet de Termonde, misionero en las Montañas Rocosas, que un anciano de 80 años, bautizado por él, comenzó a llevar, desde

aquella fecha, una vida verdaderamente edificante. Dos años más tarde, estaba agonizando. Cuando se le preguntó su edad, contestó: "tengo solamente dos años. Mi vida empieza a contar desde mi bautismo; los 80 años que precedieron era en mi vida de muerte."

¡Qué día más grande el del bautismo! ¿Piensas en el con agradecimiento?

¡Cuántos niños mueren sin bautismo y son excluidos de la vida celestial! ¡Cuantos paganos y en todos los países, hasta en el nuestro! Pasan de mil millones los no bautizados. Sin que tú te percataras de ello, Dios te ha dado por el bautismo la vida sobrenatural. ¿Le estás agradecido por este beneficio?

3. La vida sobrenatural está *al alcance de todos*. El beato Gil, hermano lego de extremada simplicidad, imaginóse que su ignorancia era un obstáculo al amor de Dios. San Buenaventura lo sacó de su error. "¡Cómo!-- Exclamó el hermano--, ¿Un ignorante puede amar a Dios lo propio que un sabio?" Una pobre mujer-- añadió San Buenaventura-- puede amar a Dios más que un doctor en teología." El humilde religioso sale al instante, transfigurado todo él por la alegría, y se pone a gritar: "¡Oíd, hombres sencillos; escuchad, buenas mujeres: podéis amar a Dios más que el padre Buenaventura!" Ahora bien, el que posee el amor de Dios, posee la gracia santificante.

La gracia santificante está al alcance de todos. Entre el habitante de ciudad más refinado, pero privado de la gracia santificante y el pobre campesino que se halla en gracia, hay una enorme diferencia; pero la ventaja de esta diferencia la lleva el pobre campesino. En el caso de que un rico perdiera la vida sobrenatural y que un pobre estuviere adornado con ella, el pobre es rico y el rico es pobre; el pobre está vivo, el rico está muerto.

4. La vida sobrenatural es *fácil* y *llevadera*. ¿Qué se requiere para vivir en estado de gracia? Guardar los mandamientos. ¿Es esto difícil? No; *sus mandamientos no son pesados* (I Jn 5,3). Al contrario, pesado es el yugo de los pecadores. Haciéndose intérprete de éstos, la sagrada escritura se queja así: *nos hemos consumido en la vía de la iniquidad y perversidad, y hemos seguido caminos difíciles.* (Sab 5,7). Pregunta al orgulloso: nunca tuvo descanso, ni durante el sueño. Interroga al hombre adinerado: se impone privaciones, se expone a peligros, se quiebra la cabeza con un sinfín de cálculos; las pérdidas le son duras, las ganancias lo lanzan jadeante en persecución de nuevas ganancias; desconoce la paz. Pregunta al lujurioso: siente que todo se marchita: su honra, su cuerpo, su alma; amargos remordimientos persiguen su pecado, con una sombra. Interroga al envidioso: le atormenta la dicha de los demás; cuando más se eleva su

prójimo, tanto más desciende él de su propio despecho. El pecador sigue caminos penosos, y es un modo de latigazo este reproche de la *imitación*: "Por cosas vanas y por una corta promesa, no temen fatigarse de día y de noche. En cambio, ¡oh vergüenza!, cuando se trata de un bien inmutable (la gracia santificante), de una gloria imperecedera, niéganse cobardemente a hacer el menor esfuerzo"

una pregunta: ¿Estás vivo? Hablemos más claramente: ¿Estás en estado de gracia? Si vives, ¡que Dios te conserve esa tu vida! Se te encuentra en estado de pecado mortal, no continúes en él ni un segundo más. Pronto, antes de proseguir en la lectura de este libro, has un acto de contrición perfecta, con la promesa de confesarte cuanto antes. Y recuperarás la vida.

CAPÍTULO III

LA JUSTIFICACIÓN

1. Estais purificados.

Moisés, al ser liberado de las aguas por la hija del Faraón, estaba envuelto en pobres pañales. Luego que gozó de la protección de una princesa opulenta, cuyo deseo era hacer de madre suya, viose revestido con telas preciosas, y andando el tiempo de trajes de príncipe. De este modo, la gracia santificante borra en el alma las manchas y el miserable aspecto del pecado, para adornarla con luz y honor. Pongamos una comparación más moderna: la de la bombilla eléctrica. Es de noche y el cuarto estaba obscuro; coloca la mano sobre la llave, pero dejando cerrada la corriente. ¿Qué diremos de la lámpara eléctrica? Que no tiene luz ni calor ni fuerza ni alma: está muerta. ¿Para qué sirve? Para desecharla en el caso de que no hubiere de recibir algún día a la corriente eléctrica. Igualmente, el alma privada de la gracia santificante no posee ni el brillo ni vida divina, es alma meramente humana, y por ende, ningún papel desempeña el orden sobrenatural en que debe vivir. De no tener que recibir la corriente divina de la gracia santificante, sólo valdría para ser arrojada al fuego eterno. Más he aquí que establezco el contacto, dando así paso al fluido eléctrico. La oscuridad desaparece de súbito, y al propio tiempo la lámpara se convierte en diminuto sol. La bombilla no ha cambiado de naturaleza, en absoluto; solamente su estado es distinto. Con todo, te costaría trabajo corresponder la: es ella y no es ella. Todo lo antedicho se verifica en el alma cuando recibe la gracia santificante: queda la misma, pero halláse elevada a un estado superior. La vida divina se sobrepone en ella a la vida humana, con eficacias y fuerzas nuevas. De oscura, pasa a ser luminosa; de débil, fuerte; de natural, sobrenatural; de terrena, celestial; de humana, divina. No existe

belleza alguna comparable a un alma en estado de gracia; las modernas maravillas mágicas de la luz eléctrica dan de ella cierta idea, aunque muy inferior a la realidad. En el punto en que la corriente eléctrica atraviesa la lámpara, produce doble efecto: ahuyenta las tinieblas y a la vez ilumina. Lo propio pasa con la gracia santificante. En el instante en que es difundida en el alma, la justifica; y dicha justificación entraña dos actos: la purificación del alma y su renovación. La gracia santificante *purifica el alma*, borra los pecados mortales y la pena eterna. No es exacto, como comprenden los protestantes, que mediante esta gracia quede él pecado meramente encubierto, oculto, no imputado. No ; queda suprimido, destruido, aniquilado; deja de existir y ya no puede retoñar. Por la gracia santificante, *el pecador es lavado* (I. Cor. 7,2), *purificado* (I juan 1,7), *Dios echa sus pecados al fondo del mar* (Miqueas. 7,19); *no volverá acordarse de ellos* (Ez. 18,22). *Nada habrá digno de condenación en él* (Rom. 7,1)

¿Qué pecados borra la gracia santificante? Todos los pecados mortales, tanto el pecado original como los pecados mortales actuales. ¿Qué pena condena? La pena eterna, el infierno. Más de suyo, la gracia no quita ni los pecados veniales ni las penas temporales.

Este poder maravilloso e instantáneo obra en cuanto la gracia es infundida en el alma. En aquel preciso momento, es destruido el pecado y perdonada la pena. Pecados sin cuento, pasiones y vicios acumulados; fechorías, crímenes, horrendos delitos, así fuesen numerosos como las hojas de los árboles: todo lo borra la gracia santificante. ¿De qué modo? Radicalmente; destruye, aniquila, sin dejar huella ninguna. ¿Para cuánto tiempo? Para la eternidad; ya no revivirá el pecado, ya el infierno no volverá jamás a abrirse. He ahí la obra de un solo instante: ¡qué irresistible y eficaz es la virtud de la gracia santificante!

El pecador experimenta esta virtud en el confesionario. Escucha, sobre el particular, el testimonio de los conversos:

"Levantó los brazos del monje, y las mangas de su cogulla blanca volaron, cual dos alas, por encima de su cabeza. Profería, puestos los ojos en el cielo la imperiosa fórmula que rompe los lazos, tres palabras pronunciadas en voz algo más alta y más lenta: *Ego te absolvo*, cayeron sobre Durtal. Que se estremeció de la cabeza a los pies. Cómo sintiese -- muy claramente-- que Cristo estaba allí, cerca de él, en la misma habitación, lloró, arobado, postrado bajo la gran señal de la cruz con que le cubría el monje (K. Huysmans).

"Me mandó que me arrodillada en un reclinatorio, ante un crucifijo. Di comienzo a la exposición de mis pecados. Y entonces, ¿cómo expresar este fenómeno?, a medida que confesaba mis culpas, parecíame que él mismo Nuestro Señor estaba allí...

Concluida mi confesión, luego que el sacerdote hubo pronunciado sobre mi cabeza inclinada la sublime fórmula de la absolución, me levanté. Abrióme

los brazos, yo me arrojé en ellos bañado en lágrimas. Ciertamente estábamos tan emocionados el uno como al otro; porque si yo cargaba este abrazo de toda mi gratitud para con él, él daba gracias al señor por haberle escogido para conducir al redil del pastor único la oveja rebelde huida desde el bautismo" (A. Retté).

Cuando el judío Hermann Cohén sintió el contacto del agua bautismal, "tembló mi corazón --nos cuenta el mismo-- y experimenté una impresión tan fuerte, que sólo la puedo comparar al choque de una máquina eléctrica. Cerránronse los ojos de mi cuerpo; mas al mismo tiempo se abrieron los de mi alma a una luz sobrenatural y divina. Estuve como sumergido en un éxtasis de amor".

Preguntaba cierto penitente a San Francisco de Sales: "Padre mío, ¿que pensáis ahora de mí, el mayor pecador del mundo?" "Desde que Dios te ha perdonado, te veo radiante del resplandor de la gracia." "Pero sabéis bien lo que yo soy." "Eres lo que acabo de decir." "Al menos, sabéis lo que yo he sido; Padre, ¿que pensáis de mi vida pasada?" "Nada. En efecto, aparte de que no me es lícito, ¿por qué voy a parar mientes en cosas que están borradas, destruidas, olvidadas de Dios, y que ya no existen para Él?"

2. **Estáis renovados**

En la corte de Faraón, no solamente despojan a Moisés de sus miserables andrajos, sino que le atavían con vestidos de príncipe.

La corriente eléctrica, al atravesar la lámpara, además de suprimir las tinieblas, llena de luz la sala. De esta manera, la gracia santificante, amén de purificar el alma, la renueva.

Había entre los Fariseos un hombre llamado Nicodemo, miembro del Sanedrín. Fue a conversar de noche con Jesús. El Salvador le dijo: "En verdad, en verdad te digo, nadie, *como no naciera de nuevo*, puede ver el reino de Dios." Nicodemo preguntó: "¿Cómo puede nacer un nombre, siendo ya viejo? ¿Puede acaso retornar al seno de su madre para nacer nuevamente?" Respondióle Jesús: "En verdad, en verdad te digo, nadie puede, *como no naciera* del agua y del espíritu, entrar en el reino de Dios. Porque lo que ha nacido de la carne, carne es, y lo que ha nacido del Espíritu es espíritu" (Jn. 3, 1-16)

¿De que nacimiento se trata en este coloquio? De dos nacimientos distintos. El primero es según la carne: nacimiento natural, humano; el segundo, según el Espíritu Santo, en el bautismo, mediante la gracia santificante: nacimiento sobrenatural, divino.

¿Cuántas veces hemos nacido? Dos veces. La primera vez nacimos de nuestros padres: ellos nos dieron la vía natural; la segunda vez nacimos de Dios, por la gracia santificante: Dios nos dio la vida sobrenatural.

Muchos varones llevan el nombre de *Renato* y muchas jóvenes el de *Renata.* Su santo patrono nació en Angers. Habiendo fallecido antes de recibir el bautismo, fue resucitado por el obispo de Angers, San Morillo, del que iba a ser más tarde el sucesor. Esta resurrección equivalía a un segundo nacimiento, de ahí su nombre: *Re-Nato, nato por segunda vez.* Todo cristiano es un renato, y podría, con derecho y razón, llevar ese nombre. Nació la vez primera a la vida natural; y la segunda vez, a la vida sobrenatural, mediante la gracia santificante recibida en el bautismo.

La gracia santificante, dice la Escritura, nos *purifica, nos santifica* (I. Cor. 7,2); *es una regeneración, renovación* (Eph. 7,23), *un nuevo nacimiento* (Jo. 3,3), *hace que resplandezcamos como el sol* (Mat, 23,43), *y seamos gratos a los ojos de Dios* (Eph. 1,6).

El alma del justo es parecida a un palacio real. Este palacio se llama así, no por que habite solo el rey en él, sino porque reside en dicho edificio con su corte y séquito. También es nuestra alma un palacio, no porque esté sola en ella la gracia santificante, sino porque se haya ésta rodeada del brillante cortejo de las virtudes sobrenaturales y dones del Espíritu Santo, compañeros inseparables de la gracia santificante.

Hay dos grupos de *virtudes sobrenaturales.* El primero comprende tres virtudes, cuyo objeto directo es Dios mismo, y por esto se llaman *teologales:* la fe nos hace creer firmemente las verdades reveladas por Dios; la esperanza nos hace guardar con firme confianza la realización de sus promesas; la caridad nos hace amar a Dios como merece serlo, por Él mismo, y sobre todas las cosas.

En el segundo grupo forman las virtudes sobrenaturales, cuyo objeto es la conducta hacia nosotros mismos y nuestros semejantes. Regulan nuestras costumbres, por la cual denomínanlas *virtudes morales.* Cuatro de ellas se llaman *virtudes cardinales,* porque son las más importantes y porque las demás dependen de ellas. Son: la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza.

Los *dones del espíritu Santo,* disposición de sobrenaturales que hacen sea el alma dócil a las nociones de la gracia, suman siete: la sabiduría, el entendimiento, el Consejo, la fortaleza, la ciencia, la piedad y el temor de Dios.